



Día de la Iglesia Diocesana

San Nicolás, Alicante. 12 de noviembre de 2017

El año litúrgico está llegando a su final y, especialmente en estos domingos, la Palabra de Dios hace que la Iglesia lance una mirada de fe hacia “las cosas últimas”. El libro de la Sabiduría nos invita a hacer de la Palabra de Dios el principio orientador de la vida. Vivimos en una sociedad, en muchos momentos, improvisada, instintiva, impulsiva, superficial, de aquí que sea tan útil la llamada a ser sabios y a concentrarnos en lo esencial.

También la parábola de las diez vírgenes nos invita a estar preparados y ser previsores, sin olvidar que somos peregrinos del Señor. Todos tenemos necesidad de ser sabios, y de ajustar acertadamente nuestras vidas, elecciones y decisiones. La verdadera, sabiduría de la cual hablan las Escrituras, es un don, descende de Dios, y se implora con paciencia y perseverancia. También la sabiduría ha de ser amada, buscada y deseada por nosotros. Esta Sabiduría está estrictamente vinculada con el anhelo del corazón por las realidades del más allá y la espera vigilante del Señor, el Esposo que debe venir, el impulso que nos mantiene fieles al cielo y a la tierra.

Como nos decía Papa Francisco en una de sus catequesis en torno a estas fechas, hace dos años: Estamos llamados a “estar preparados para el encuentro...” pero de tal modo que “la perspectiva del final no nos desvíe de la vida presente”, sino que nos haga mirar “nuestros días con una óptica de esperanza...” sabiendo que nuestra esperanza –como nos recordaba S. Pablo en la 2ª lectura- tiene un rostro, el rostro del Señor resucitado...” que manifiesta su amor crucificado, transfigurado en la resurrección... la demostración de que el sacrificio de uno mismo por amor al prójimo y a imitación de Cristo, es el único poder victorioso y el único punto fijo en medio de la confusión y tragedias del mundo” (15-11-2015).

Estamos llamados y debemos estar preparados, pues, para un encuentro pro el que “estaremos siempre con el Señor”.

Así nuestra Iglesia deviene casa de la espera y la esperanza. Casa donde, en palabras de San Agustín: “El tiempo es como la noche, el momento en que la Iglesia vela, con los ojos de la fe fijos en la Sagrada Escritura como antorchas resplandecientes en la oscuridad, hasta la llegada del Señor”.

Así nuestra Iglesia está llamada a ser escuela donde aprendamos a ser vírgenes prudentes; llamados a sentarnos a la mesa del Señor, a permanecer con la fe encendida para reunirnos un día en su Reino y participar en el banquete eterno.

Este domingo, en este marco litúrgico, celebramos el Día de la Iglesia Diocesana y lo hacemos con el lema “somos una gran familia contigo”. Un lema que hace muy pertinente traer aquí las preguntas que se hacía el Papa Francisco en una de sus catequesis: “Preguntémonos hoy: ¿cuánto amo a la Iglesia? ¿Rezo por ella? ¿Me siento parte de la familia de la Iglesia? ¿Qué hago para que sea una comunidad donde todos se sientan acogidos y comprendidos, que sientan la misericordia y el amor de Dios que renueva la vida? La fe es un don y un acto que nos toca personalmente, pero Dios llama a vivir nuestra fe juntos, como una familia, como Iglesia”.

Vivamos la fe juntos, como una familia, en comunidad. Vivamos la fe en comunidades y Parroquias acogedoras, familiares, abiertas y misioneras. Crezcamos, así, en sensibilidad y comunión eclesial, en conciencia diocesana.

Os animo, por tanto, a vivir vuestra pertenencia a la Iglesia diocesana con alegría e inmensa gratitud al Señor. Gracias a ella podemos vivir nuestra vida cristiana alentados, acompañados y arropados por una real comunidad de hermanos. Pero hemos de vivir también nuestra pertenencia a la Iglesia con responsabilidad. Las personas, las instituciones y servicios en ella existentes constituyen la estructura necesaria para llevar a cabo la misión salvadora de la Iglesia.

Por ello, una de las finalidades de esta Jornada es solicitar la ayuda económica generosa de todos nosotros, para sostener nuestra Iglesia diocesana. Demos gracias a Dios por nuestra Diócesis, oremos por ella, amémosla, participemos corresponsablemente en su misión evangelizadora, colaboremos con ella, sosteniéndola.

Siempre es necesario insistir sin cesar en hacer de la caridad el signo distintivo de la Iglesia, y por eso también hay que mostrar esta caridad hacia la Iglesia diocesana, verdaderamente necesitada de ella, y ello con oración y ayuda, con obras. Con espíritu de caridad avivemos –por la gracia de Dios– este sentido diocesano y de familia.

Que la Santísima Virgen María, madre nuestra, nos ayude a amar con gratitud filial a nuestra Iglesia diocesana, a crecer en colaboración con ella y a valorar y a sentir como algo muy nuestro todo lo diocesano. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.